



MINERVA VITTI

Plebiscito por la paz en Colombia

Criterios para asumir cristianamente la decisión

Francisco de Roux, s.j.*

Presentamos tres artículos que profundizan sobre la decisión de más de 34 millones de personas convocadas a votar en el plebiscito del próximo 2 de octubre, en Colombia, que definirá el futuro del proceso de paz

Vamos por el ser humano

El texto de los acuerdos de paz no se entiende sin conocer el núcleo del contexto que le da sentido. Aquí lo presento. Como lo veo. Para ayudar a una decisión.

Las conversaciones de La Habana empezaron sin centrarse en el problema fundamental. Las FARC iban tras cambios estructurales que justificaban la insurrección: otro sistema económico, reforma agraria radical, transformación del ejército y del sistema político, nueva Constitución antes de dejar las armas. El Gobierno, por su parte, estaba en la tarea de incorporar lo viable de esas exigencias, más las demandas de la sociedad a las FARC, dentro del Estado de derecho institucional.

En el diálogo polarizado muchas cosas fueron a dar al congelador, como pendientes que referían a los grandes problemas estructurales nunca resueltos que nos colocan entre los países más excluyentes, más inequitativos, más corruptos, más impunes, más destructores de la naturaleza y primeros productores de hoja de coca.

Estando así las cosas, llegaron a La Habana los sobrevivientes de la guerra. Mujeres y hombres valientes que hicieron sentir que antes que los grandes problemas estructurales había un problema más grave, más fundamental, que debíamos resolver primero o de lo contrario toda construcción sería sobre arenas movedizas. Ellas y ellos mostraron descarnadamente, con el testimonio de su dolor por los familiares asesinados, los años horribles de secuestro, las piernas mutiladas, las mujeres abusadas, los pueblos masacrados, los niños usados para matar, que el problema de fondo ha sido y sigue siendo la incapacidad de reconocernos como seres humanos con igual valor y dignidad. Por eso la desconfianza, el desprecio, la capacidad de destruirnos siendo la misma sangre y la misma carne colombiana, evidenciada en los ocho millones de víctimas que gritan al mundo lo que somos.

La Habana puso entonces en el centro el problema fundamental. Y lo enfrentó, no entre adversarios sociales o políticos, sino entre enemigos a muerte, cuando colocó frente a frente a los jefes militares de lado y lado. Entonces se fue al fondo. Hasta poner en marcha la solución de la más grave de las fracturas estructurales: nosotros mismos. En un logro único, porque nunca habíamos solucionado en diálogo problemas estructurales. El logro de no más víctimas, no más repetición, no más guerra, ya.

A partir de ese momento, todos los acuerdos buscaron al ser humano. Se crearon la comisión de verdad y aceptación de responsabilidades, la comisión de entrega de todos los desaparecidos,

la comisión de mujeres como primeras víctimas de la guerra y el cuidado de quienes por identidad de género han sido objeto de las limpiezas sociales; la justicia transicional para asegurar a todos la verdad, la reparación, la no repetición y la no impunidad por el juicio de tribunales especiales cuyas sentencias quedan a la mira de las cortes internacionales. Por eso el Ejército y la Policía asumieron con grandeza ser guardias del ser humano y de quienes fueron sus enemigos en una patria reconciliada. Por eso se dio prelación a las víctimas en el fondo de tierras, protección a las organizaciones excluidas, circunscripción especial a las comunidades sometidas al terror y el silencio. Por eso los pendientes del congelador no se abandonaron, sino que quedaron para ser enfrentados paulatinamente, en la lucha política democrática, fundamentada en el pacto por el ser humano.

Este es el verdadero logro profundo de La Habana. El más importante. Lo que vamos a aceptar o rechazar en el plebiscito. Lo demás se construirá a partir de aquí.

El perdón increíble

En La Habana, en el salón de una casa sin protocolo, irrumpió la tragedia de los miembros de la Asamblea del Valle del Cauca secuestrados y asesinados por las FARC, con el dolor inacabado y las exigencias de verdad, reparación y justicia de las hijas, hijos, esposas y hermanos de los diputados.

La iniciativa vino desde La Habana, simplemente porque el imperativo moral es terco e ineludible cuando la conciencia de la dignidad prevalece sobre las ambiciones y los miedos. Por eso, este no fue un acto de campaña política. Fue un acto privado, de respeto al ser humano vulnerado; y si ha de haber un acto público en Colombia, será después del plebiscito.

Todos los que llegaron a esa casa de La Habana traían prevenciones y ansiedades. Los familiares, con el miedo de verse intimidados y no estar a la altura de la grandeza de sus seres queridos masacrados. Los miembros de las FARC, con el desafío de tener que encajar el clamor de las víctimas y asumir responsabilidades. Todos conscientes de los efectos externos y de las interpretaciones inmanejables de lo que allí aconteciera. Todos llenos de preguntas sobre sí mismos. Sin saber qué podía pasar.

Lo que ocurrió fue que, uno tras otro, los familiares, llenos de coraje, llamaron asesinos a

los miembros de las FARC presentes. Dejaron caer el peso de sus sufrimientos y resumieron en minutos años de reclamos sin escucha. Trajeron la memoria de sus seres queridos que, desde el cautiverio, habían invitado a la paz y pedido inútilmente una liberación humanitaria, en los videos prueba de supervivencia. Era la carga acumulada de dos mil días de secuestro y el tiempo pasado desde el asesinato. Y, en medio de los testimonios desgarradores, la sorprendente decisión de apoyo al proceso de paz; y, todavía más, en la mayoría la dádiva del perdón a sus asesinos. No porque creyeran en los victimarios, sino porque creían en el perdón y no en la violencia, como escribió Sigifredo López en la carta que trajo Silvia Patricia, valiente defensora de la honra de su esposo.

Me impresionó la reacción de los hombres de las FARC y de la comandante Victoria. Ellos escucharon en silencio y respeto hasta conmovirse. 'Iván Márquez' había dicho al comienzo que las cosas pasaron por la degradación de la guerra y que nunca debieron haber pasado. Pero después de oír a los familiares que pedían arrepentimiento y verdad, y luego de un círculo de manos unidas en plegaria, emergió del silencio lo imprevisible. Los guerrilleros aceptaron plenamente. 'Pablo Catatumbo' dijo: "No vamos a evadir nuestra responsabilidad. Ellos estaban en nuestras manos. La muerte de los diputados fue lo más absurdo de la guerra. El episodio más vergonzoso. Hoy, con humildad sincera, hacemos un reconocimiento público y pedimos perdón. Ojalá ustedes nos perdonen".

El ambiente entonces cambió y el recinto se llenó del misterio del encuentro humano cuando el milagro de pedir perdón y de darlo nos sorprende. Allí estaba ocurriendo. Sebastián, que con Diana y con la nota escrita de Daniela habían puesto la indignación soberana de los jóvenes, lo expresó con claridad al decir que había empezado la justicia que trae la paz.

Mi voto

Cada uno de nosotros tiene que decidir el próximo 2 de octubre entre alternativas distintas para superar la crisis espiritual que nos llevó a la violencia política.

Ante un asunto tan grave, siento la responsabilidad de expresar públicamente mi opción individual, que no compromete a ninguna institución, y de dar la explicación de esta. Lo hago no para excluir ni considerar menos buenos a quie-